

BALCONES Y REJAS QUE NOS DEJO LA COLONIA

Todas las razas tienen un espíritu propio que imprime en todos los actos que realiza su huella, que el tiempo se encarga de hacer eterna. De este modo la raza española, hija de la ibera y la celta, madre de cuyo generoso seno brotamos, nos dejó, como recuerdo impercdero de su colonización en nuestra Isla, muchas obras en las que parece flotar sutilmente la añoranza de la Patria lejana, la nostalgia del desterrado que todo lo hace pensando en el retorno... Y es por eso que, en-

tre otras muchas cosas que pudiéramos citar, existen en las principales y más antiguas ciudades de Cuba, tantos bellos rincones que parecen arrancados de las escondidas callejuelas de Granada, tantas rejjas que nos evocan la ardiente ciudad andaluza, y esos maravillosos balcones de madera cubiertos con tejas árabes, que tienen el mágico sortilegio de trasladar nuestro espíritu a otras épocas ya pretéritas, y en las cuales hay veces que quisieramos haber vivido.

Balcones y rejjas. ¿Qué emoción se encerrará en estas dos palabras? Siempre que nos hemos detenido ante alguno de

estos detalles que la arquitectura de la Colonia tanto prodigara en los siglos XVIII y XIX, una dulcísima emoción estética ha prendido en nuestro ánimo, dejándonos absortos y pensativos. A estos balcones los envuelve la tristeza, a estas rejjas las envuelve el misterio. Misterio y tristeza que se apoderan de nosotros cuando los contemplamos. Observad estos balconcillos de madera tallada; parece que se agarran de un modo desesperado a los viejos muros de mampostería, como temiendo que la piqueta destructora del Progreso, en nombre de las Artes Nuevas, los quisieran arrancar de su alveolo secular.

Y van desapareciendo en la Habana esas joyas que el gusto más sentimental de otra época nos legara. Empero, aún quedan algunos que debemos tratar por todos los medios a nuestro alcance, de conservar intactos. Ved ese hermoso balcón de la casa situada en la esquina S. E. de las calles Teniente Rey y Aguiar; todo él es de materiales del país, vigas de júcaro, balaustres de caoba, y la hermosa teja cubana del suave color de nuestra arcilla, que el tiempo se encargó de hacer oscuro y sombrío. Todo el balcón parece proyectado y construido con cariño.

No sucede esto con ese nuevo estilo que ahora está en boga entre los arquitectos cubanos, y en el que se está tratando de hacer resurgir esa belleza poética de las antiguas casas señoriales de la Colonia. Ahora se proyectan grandes residencias, regias mansiones en las que se hace un vano alarde de decoración; pero, ¡qué pena da verlas tan frías! ¡Qué poco dicen el fino espíritu que ado-



Fachada de la casa Teniente Rey número 25, esquina a Aguiar.

2



La vieja casa de Oficios número 76, esquina a Luz, nos muestra su típico balcón sostenido por dobles cabezas de vigas, sirviendo a la vez que de refuerzo, de motivo de ornamentación.

ra la belleza en sí misma y no las de otras viejas ciudades, hemos observado un detalle arquitectónico que nos llamó poderosamente la atención, por el hecho de no haberlo visto nunca en la Habana. En casi todas las puertas de entrada al clásico zaguán de las casas camagüeyanas, el alero de tejas con vigas de maderas avanza más que en el resto de la fachada, y para sostenerlo han ideado unos pies de amigo, también de madera, que están formados por dos piezas: una vigueta que sale del muro rematada casi siempre por una perilla o un rosetón tallado en la cabeza, y un balaustre de poca altura, de hermoso torneado o retorcido caprichosamente, que se apoya sobre el extremo de la vigueta. Casi siempre hay un soporte de es-

tos a cada lado de la puerta, otras veces están pareados, y en algunas casas todo el alero avanza como unos sesenta centímetros y está sostenido por dichos soportes colocados de trecho en trecho. Estos aleritos así soportados, cuando están situados sobre balcones de balaustres de madera, ofrecen un bello conjunto que nunca hemos observado en las casas antiguas de la Habana, lo que parece ser muy significativo, pues demuestra, más que otra cosa, que las comunicaciones entre la capital y las restantes ciudades de la Isla eran bastante deficientes, único modo de explicarse el casi nulo intercambio de ideas en aquella época.

Como ejemplos de balcones y rejas, publicamos estas fotografías de algunos de los más bellos de la Habana antigua.



3

Una de las fotografías muestra la casa situada en la esquina N. E. de Villegas y Obrapia, la cual es de la misma época que la de Avenida del Brasil y Aguiar, como podrá observarse por la construcción de los balcones, los que únicamente se diferencian en la altura de los balaustres: en la primera son más alargados y su dibujo es más sencillo. Además, en la segunda estos balaustres se apoyan sobre un zócalo de madera cuadrada, lo que contribuye a destacar más la distancia que separa a las vigas que sostienen el balcón de los balaustres.

La otra fotografía fue tomada de la casa Oficios 76. Es de una época anterior a las otras, y en ella el barandaje es de hierro fundido, así como las columnitas que soportan el alero. El balcón está sostenido por dobles cabezas de viga, a la moda de la época, sirviendo a la vez que de refuerzo, de motivo de ornamentación.

Podríamos seguir citando muchas casas más en las que dejó la Colonia su sello inconfundible, pero no es ese nuestro objeto, sino hacer resaltar la belleza que aún queda en nuestras ciudades como exponente de una época que unos recuerdan con horror y otros piensan que era imposible eximirse de ella para llegar a ser lo que somos.

Enrique Luis Varela

M. May 15/38



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA